

Craig Johnson

Castigo para los buenos
El tercer caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Para el *donut*, el origen de todo...

Filadelfia, esa ciudad donde las buenas acciones
se acaban pagando...

Steve Lopez
The Philadelphia Inquirer,
15 -1-1995

Aquel día no iba armado. Me habían asegurado que sería tarea fácil y yo me lo había tragado como un tonto. Me indicaron que si la cosa se ponía fea no dudara en mostrarles las ilustraciones, veintitrés en total. Ya se las había enseñado dos veces.

–«Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un rey y una reina...» –miré a mi alrededor en busca de refuerzos, pero en la habitación no había nadie. Me habían dicho que no me preocupara, que no me dejarían solo, pero lo habían hecho—. «...que no tenían hijos. Un día, la reina recibió la visita de un hada madrina, que le dijo: “Tendrás una hermosa niña”. El rey se alegró tanto que cuando oyó la noticia decidió celebrar un gran banquete. No solo invitó a sus parientes, sino también a las doce hadas que habitaban en su reino.»

–¿Dónde está tu arma?

Eso mismo me preguntaba yo.

–No creí que fuera a necesitarla.

Todos asintieron, pero me pareció que no quedaron muy conformes.

–¿Hace cuánto tiempo que eres *sheriff*?

–Veintitrés años –sonaba como si fueran un millón.

–¿Conoces a Buffalo Bill?

Quizá sí que fueran un millón.

–No, ese es un poco más viejo que yo.

–Mi papá dice que eres un caraculo.

Bajé la vista al ajado libro que sostenía entre las manos.

–Vale, quizá deberíamos concentrarnos en el cuento de hoy...

–Dice que siempre vas por ahí conduciendo borracho...

El instigador de la primera fila tenía apariencia de angelito y la boca de un estibador. Como estaba a punto de añadir algo, lo corté sosteniendo en alto *Los cuentos de los Hermanos Grimm* por la página en que la princesita caía en un sueño de cien años, presa de un encantamiento.

–¿Por qué creéis que el hada visitó a la reina? –en la tercera fila, una niña de piel morena y ojos enormes levantó la mano despacio.

–Sí, tú.

Ella ladeó la cabeza, indignada.

–Ya te lo he dicho, me llamo Anne.

Asentí con cara de arrepentimiento.

–De acuerdo, Anne, ¿por qué crees que el hada visitó a la reina?

–Porque su hija iba a quedarse dormida –lo dijo despacio, con verdadero desdén, incluso los más jóvenes miran mal a los funcionarios que no hacen las cosas como es debido.

–Bueno, sí, pero eso sucede después, cuando una de las hadas se enfada, ¿verdad? –Anne volvió a levantar la mano pero la ignoré y me decanté por un niño menudo y pelirrojo del final. Su nombre era Rusty y di gracias al cielo por la fácil asociación entre su pelo y el significado literal de su nombre: «oxidado»–. ¿Rusty?

–Mi padre dice que las hadas son cosa de maricas, como mi tío Paul.

No estoy seguro de cuándo había empezado a atrofiarse mi talento como cuentacuentos, pero debía de haber sucedido en algún punto entre *Barrio Sésamo* y *La hora de Bill Cosby*. Y yo que creía que se me daba bastante bien, a pesar de la cantidad de tiempo que hacía de eso. Iba a tener que preguntarle a mi hija si estaba en lo cierto. Ahora ella era «La mejor jurista de nuestro tiempo» y ejercía de abogada en Filadelfia. Había estado hablando con Cady la noche anterior y, cuando la llamé, ella seguía en la biblioteca del sótano de su oficina. Me dio pena hasta que me contó que el sótano en realidad estaba en la planta treinta y ocho. Mi amigo Henry Oso en Pie decía que las bibliotecas de

los bufetes eran lugares donde los abogados se echaban la siesta a razón de 250 dólares la hora.

—Nunca habíamos tenido un cuentacuentos así de malo.

Bajé la vista para observar al futuro crítico literario que había permanecido en silencio hasta ese momento y me pregunté si no habría cometido un error con «La espina de la rosa». Cady adoraba este cuento cuando era muy pequeña, pero parecía que el público actual era demasiado sofisticado para ese material.

—Mi papá esconde su medicina cuando alguien llama a la puerta.

Traté de no quedarme con el nombre de ese niño en concreto. Volví a apoyar el libro sobre la rodilla y los observé atentamente: el futuro del condado de Absaroka, Wyoming.

—Dice que no tiene receta.

Se suponía que al día siguiente partiría en coche hacia Filadelfia con Henry. Él había recibido una invitación para exponer su colección de fotografías menonitas en la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania. Yo había pensado que sería una buena oportunidad para visitar a mi hija y conocer a su última conquista, un abogado. Llevaban juntos casi cuatro meses y para ella eso suponía todo un récord, así que había decidido que ya era hora de que conociese a mi futuro yerno.

—Si se cae al suelo es por la medicina.

Henry pensaba ir hasta allí al volante de *Lola*. Había tratado de convencerlo de que tomáramos un vuelo, pero hacía bastante tiempo que no atravesaba el país conduciendo y decía que le apetecía ver cómo iba todo. Claro que el verdadero motivo era que quería hacer una entrada triunfal conduciendo su Thunderbird descapotable de 1959 color azul celeste. A Oso se le daban bien las entradas.

—Se fuma la medicina.

Íbamos a pasar solo una semana en la ciudad, pero Cady estaba entusiasmada con la idea de presentarnos a Devon Conliffe, un nombre que parecía sacado de *Historias de Filadelfia*. Le había advertido a mi hija que los abogados no deberían casarse con otros abogados, que eso solo servía para engendrar asistentes jurídicos imbeciles.

–Mi mamá dice que no consigue trabajo por culpa de la medicina.

Patti, terminada en «i», la secretaria de mi hija, pensaba también que los abogados no debían cruzarse. Habíamos estado hablando sobre la relación y me daba la sensación de que la voz de Patti dejaba entrever cierta reserva al mencionar al novio.

–Es mi tercer papá.

Se suponía que íbamos a ir a cenar a la casa palaciega que tenían sus progenitores en Bryn Mawr, algo que me apetecía tanto como hacerme una herida subcutánea.

–Me gustaba más mi segundo papá.

Sería interesante ver la reacción de los Conliffe al toparse con el indio y su fiel compañero de aventuras, el *sheriff* del condado de Absaroka. Seguro que ni siquiera nos abrían la puerta.

–No me acuerdo de mi primer papá.

Me quedé mirando al chaval y volví a abrir el libro.

–«Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un rey y una reina que no podían tener hijos...»

Dorothy Caldwell fue hasta la plancha donde estaban las hamburguesas, situada detrás de ella, las aplastó con la espátula y les dio la vuelta.

–¿Qué les has leído?

Recogí la copia de Cady del taburete que estaba a mi lado y la dejé sobre la barra. *Los cuentos de Grimm*. «La espina de la rosa», es decir, «La Bella Durmiente» antes de que Disney le pusiera las manos encima.

Dorothy me echó una mirada de reojo y luego se inclinó para echarle un vistazo a la portada, gastada por el uso.

–¿De guardaría? –se encogió de hombros mientras recogía la espátula para llevársela a otro sitio–. Walter, los niños de ahora son más cínicos que los de la generación de Cady.

Dejé mi vaso sobre la barra.

–Bueno, no tengo que volver a hacerlo hasta después de las elecciones.

Dorothy introdujo la carne, la lechuga, el tomate y el beicon en un bollo y deslizó el plato hacia mí.

–¿Lo de siempre?

Ella asintió al escuchar ese viejo chiste, le dio un sorbo a su té y me observó por encima del borde del vaso.

–He oído que Kyle Straub va a presentarse a las elecciones a *sheriff*.

Asentí y le añadí mayonesa a mi hamburguesa, una práctica que ella odiaba.

–Sí, he visto los carteles –el fiscal del distrito había dado el pistoletazo de salida esa misma mañana y había cubierto con sus carteles rojiblancos y azules todos los puntos estratégicos del pueblo sin saber a ciencia cierta si yo iba a presentarme a la reelección o no. Hasta el momento, esa había sido mi mayor motivación para prolongar mi mandato.

–Fiscal del distrito y *sheriff* –Dorothy se quedó callada para que sus palabras surtieran más efecto–. Eso ya te da una idea de cómo podría ser su gestión.

Recordé mi plan original: presentarme a las elecciones a *sheriff*, retirarme a mitad de mandato y luego pasarle las riendas a Vic, para permitirle demostrar su valía durante dos años antes de tener que enfrentarse sola a unas elecciones generales. Mastiqué un trozo de hamburguesa.

–¿Crees que Vic sería una buena *sheriff*?

Dorothy se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y miró al infinito. Tenía el pelo más largo, me pregunté si se lo estaría dejando así a propósito. La respuesta a mi pregunta sobre Vic, como todo en Dorothy, fue definitiva:

–¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Me aguanté las ganas de darme la vuelta y salir a Main Street, donde sabía que una mujer apuesta y morena acababa de aparcar delante del café La Abeja Hacendosa un coche oficial de hace diez años. Nunca había resultado electa una mujer *sheriff* en Wyoming y las posibilidades de que los votantes eligieran a una italiana de Filadelfia más deslenguada que un cocodrilo de agua salada no eran muchas.

–Tiene un ayudante vasco –hice una pausa para continuar con mi almuerzo–. Esos dos están hechos un buen par.

Hacia tres meses que Santiago Saizarbitoria se había unido a

nuestro pequeño contingente y, exceptuando su intento de apagar un incendio de una chimenea con sus propias manos después de pasearse por un tejado cubierto de hielo, su conducta podía considerarse completamente irreprochable. Oí que la puerta se abría y se cerraba; el aire cargado del mes de abril se coló por la fugaz abertura. Ambos se sentaron en los taburetes que había a mi lado y se acodaron en la barra. Llevaban uniformes y chaquetas de servicio idénticas, se les podría tomar por hermanos si no fuera porque el vasco era más corpulento, tenía las muñecas como haces de cables y perilla, y le faltaban los ojos color oro bruñido de Vic.

Continué comiendo mientras Dorothy sacaba dos tazas de debajo del mostrador, las rellenaba y le acercaba la jarra de nata y el azucarero a la pareja. Ambos tomaban café a todas horas. Vic pasó un dedo por el asa de la taza.

—¿Qué tal tu estreno en la escuela primaria de Durant?

Le di otro sorbo a mi té helado.

—No creo que la gira continúe.

Vic abrió cinco azucarillos y los echó a la taza.

—Llevo aquí dos años. ¿Cómo es posible que nunca me lo hayan pedido, joder?

Dejé mi vaso en el mostrador.

—Es difícil leer rimas con acento de Filadelfia.

Removió el café en el azúcar y dirigió sus palabras a la taza.

—El pichacorta de Kyle Straub ha colgado carteles por todo el pueblo.

—Sí, eso he oído.

Saizarbitoria se inclinó hacia nosotros y se unió a la conversación.

—En el periódico de ayer Vern Selby alabó mucho al señor Straub.

—Sí, lo he leído.

Nuestras radios tronaron a la vez, interferencias incluidas.

—Unidad dos, tenemos un 10-54 en la carretera 16, kilómetro 6.

Nos miramos los unos a los otros. Durante las últimas semanas, Ruby había emprendido una cruzada para que utilizáramos

el código de la policía y a todos nos estaba resultando un auténtico coñazo. Fui el primero en tratar de adivinar:

–¿Conductor borracho?

Vic fue la siguiente:

–Carretera cortada...

Saizarbitoria tomó un último sorbo de café y se bajó del taburete. Era consciente de qué orden seguía la cadena de mando. Luego hizo clic en el botón del micro de su radio.

–10-54, recibido –se quedó mirándonos y negó con la cabeza–. Ganado en la carretera.

Vic y yo nos miramos encogiéndonos de hombros y ella le lanzó las llaves.

Tomó un sorbo de su azúcar mientras él salía precipitadamente.

–Mantennos informados.

Vic se vino en el coche conmigo. Mientras subíamos los escalones de la antigua biblioteca Carnegie que albergaba la cárcel del condado de Absaroka y nuestras oficinas, pude apreciar su champú, con aroma a flores de manzano. Habíamos subido la mitad de los peldaños cuando me retuvo cogiéndome del brazo. Me giré para mirarla mientras ella se echaba sobre la barandilla de hierro y acariciaba el barrote pintado de negro con la misma mano. Esperé, pero ella se limitó a mirar en dirección al arroyo Clear Creek, donde los álamos estaban empezando a poblarse de hojas. Me volvió a mirar, irritada.

–¿Sigues pensando marcharte mañana por la mañana?

Me coloqué bien el libro de cuentos bajo el brazo.

–Ese es el plan, o al menos eso creo.

Ella asintió.

–Tengo que pedirte un favor.

–Vale.

Inspiró y contemplé cómo las arruguitas de las ventanas de su nariz se replegaban como los bigotes de un gato.

–Mi madre quiere quedar a comer contigo y con Cady.

Esperé un momento, pensando que no había terminado.

–Vale.

Ella continuó mirando en dirección al arroyo.

–El superpoli puede que esté demasiado ocupado, pero mi madre siente que no le presta la suficiente atención a tu hija –observé que se le tensaban los músculos de la mandíbula, como siempre que mencionaba a su padre.

–Vale.

–Me refiero a que... no es para tanto. Solo quiere comer.

Asentí de nuevo.

–Vale.

–Podéis ir a la pizzería de mi tío Alphonse, aunque no es nada del otro mundo.

Sonreí e incliné la cabeza para bloquearle la vista.

–He dicho que vale.

Vic se quedó mirándome.

–Es algo familiar y, como la mayoría de las cosas familiares de mi familia, está jodida –suspiró–. Me refiero a que... deberían haberse puesto en contacto con Cady hace ya tiempo, pero, a su modo, es su jodida forma de...

–Comeremos juntos –la observé mientras ella estudiaba sus botas militares marca Browning. Unos mechones oscuros e insatisfechos le salían disparados de la cabeza.

–Me encantará conocer a cualquier miembro de tu familia.

–Ya –con Vic nada era fácil, ese era uno de sus encantos. Comenzó a subir los escalones sin mí–. Pero no vayas a esperarte demasiado.

Meneé la cabeza, la seguí y frené la puerta de cristal biselado evitando que me diera de lleno en la cara. La cerré con cuidado y pasé por delante de las fotos de mis predecesores, los cinco *sheriffs* del condado de Absaroka. Le hice un gesto de saludo al retrato de Andrew Carnegie mientras subía los últimos escalones hasta llegar al escritorio de la recepcionista, donde Ruby estaba leyendo los últimos boletines de la División de Investigación Criminal de Cheyenne.

–¿Qué demonios es un 10-54?

Ella levantó la vista y me miró con sus ojos azules a través de su flequillo cano.

–Ferg dice que se quedará 10-6 el resto del día si la semana y

media que viene va a trabajar a tiempo completo y yo me voy de 10-42 a las seis menos cuarto porque tengo una fiesta de helados en mi parroquia.

Decidí ignorar la ristra de dieces.

–¿Ha subido al cañón del río Tongue? –ella asintió. Ferg era mi ayudante a tiempo parcial que se dedicaba a tiempo completo a acosar la vida acuática local con sus moscas artificiales. Iba a tener que recoger un poco el sedal mientras yo estuviera ausente, así que no me importaba que se pasara el día arrojando insectos de pelo y plumas por encima del agua–. ¿Algún *post-it*?

–Dos más el joven que vendrá esta tarde.

–¿Qué joven?

Ella agitó la cabeza.

–El joven de Sheridan que solicitó la otra plaza de ayudante para Powder Junction. Dice que llegará antes de las cinco.

Me senté en una esquina del escritorio, me fijé en la hora que aparecía en la pantalla de su ordenador y me agaché para acariciar a Perro.

–Entonces le quedan veinte minutos.

El animal levantó la cabeza y Ruby le examinó la cicatriz, producto de una bala que le había pasado rozando la oreja. Perro me lamió la mano con una lengua del tamaño de un estropajo.

–Lucian ha llamado por si se te había olvidado la noche de ajedrez.

–Maldición –iba a tener que pasarme por la residencia de ancianos de Durant para visitar al viejo *sheriff*.

–Cady ha llamado.

–Ha cambiado de opinión y no quiere que vayamos, ¿verdad?

Ruby hizo una bola con el segundo *post-it* y lo despachó con el primero.

–Ni por asomo. Dice que te llesves la pistola porque el jueves quiere que la acompañes a su club de tiro.

Nos miramos el uno al otro un momento y luego ella arqueó una ceja.

–¿Club de tiro?

Me rasqué el extremo del ojo, donde tenía una herida ya cicatrizada.

–Devon Conliffe la ha metido en estas cosas.

Ella sonrió.

–¿Devon Conliffe de nuevo?

–Pues sí... –mi comentario no me sonó entusiasmado ni a mí.

–La niña te tiene preocupado.

Me observó rascarme el ojo durante un rato, luego extendió el brazo y me apartó la mano. Me quedé pensando en ella.

–Creo que la dama promete demasiado.

Ruby meneó la cabeza.

–Le preocupa que él no te guste –me soltó la mano con cuidado–. Es joven, guapo, versado y en un año gana seis veces más dinero que tú. Ha cortejado y encandilado a la mujer más guapa, inteligente y maravillosa que conoces –me observó con una sonrisa–. Que lo odies es más que razonable –parpadeó–. ¿10-24? ¿Misión cumplida?

Me quedé mirándola un momento, luego me dirigí a mi despacho y me pregunté si alguien se daría cuenta si me escapaba por la parte trasera. Me senté ante mi escritorio y pensé en llamar a Oso para preguntarle si no prefería marcharse temprano. Seguro que no querría. Pulsé el segundo número guardado en mis favoritos y escuché la señal del teléfono sonando en el próspero negocio de Henry en la reserva de los cheyenes del norte: parking gratuito, sin tarifa mínima.

Lo cogió al segundo tono, era como su firma.

–Aquí El Poni Rojo, donde las veladas son largas y maravillosas.

–¿Y si salimos temprano?

–No.

Colgué. No había razón alguna para discutir. Yo llevaba todas las de perder. Me quedé mirando el antiguo reloj Seth Thomas de la pared, pensé en las maletas que tenía preparadas junto a la puerta de mi cabaña y suspiré.

Pulsé el primer número guardado en mis favoritos y escuché sonar el teléfono a tres mil ciento dieciséis kilómetros de distancia, el lugar al que mi corazón se había mudado permanentemente.

–Schomberg, Calder, Dallin y Rhind. Despacho de Cady Longmire, ¿en qué puedo ayudarle?

Era Patti, con «i».

–Hola, Patti, volvéis a trabajar hasta tarde.

–¿Qué hay, *sheriff*? Tenemos que presentar un escrito mañana. ¿Qué tal todo por el Lejano Oeste?

Me recliné en mi sillón y posé el sombrero en la mesa.

–Tedioso.

Coloqué las piernas sobre el escritorio, algo que no hacía con frecuencia, y casi me caigo de espaldas. Tuve que agarrarme al borde de la mesa para sujetarme.

–¿Está disponible la mejor jurista de nuestro tiempo?

Se oyó un clic y el teléfono sonó medio tono antes de que ella contestara. Por lo que parecía, Schomberg, Calder, Dallin y Rhind le sacaban partido a su dinero.

–Cady Longmire.

Sonreí sin querer. Sonaba tan mayor.

–Eres una gamberra.

La línea permaneció en silencio durante un instante y luego se oyó una voz un tanto quejumbrosa.

–¿Habéis salido ya?

–No, el indio todavía no ha hecho la maleta.

Otra pausa breve.

–¿Todavía pasea por ahí el hallazgo fotográfico del siglo medido en una sombrerera?

–Probablemente. ¿A qué viene lo de llevarme el arma?

Se oyó un suspiro cansado.

–Ya te lo he contado. Devon y yo practicamos en el club de tiro de Spring Garden los jueves por la noche.

Me aburría y decidí discutir para pasar el rato.

–¿Por qué?

Otro silencio, más largo esta vez.

–Simplemente lo hacemos, papá. No te pongas a emitir juicios.

–No lo hago. Lo que pasa es que no comprendo por qué un puñado de abogados y tú sentís la necesidad de ir por ahí pegando tiros los jueves por la noche.

—No sentimos la necesidad y no vamos disparando por ahí. Vamos a una galería de tiro reglamentaria, allí sacamos nuestras armas, que llevan el seguro puesto, de las cajas cerradas con llave que guardamos en los coches, empleamos la munición recomendada y disparamos objetivos de papel bajo la mirada atenta de un instructor con licencia. Es un viejo chocho, un veterano del ejército, como tú.

—De los marines.

—Lo que tú digas —inspiró y suavizó su tono—. Pensaba que quizá podrías conocerlo. Estaría bien.

—¿Esto ha sido idea de Devon?

La voz se volvió áspera de nuevo.

—Da lo mismo que traigas el arma o que no. Te pones imposible. Tengo que marcharme.

Me quedé mirando el teléfono.

—La llevaré.

—Haz lo que quieras.

El teléfono enmudeció en mi mano. Bajé los pies al suelo, coloqué el auricular en su sitio y reflexioné sobre lo bien que se me daba hacer amigos e influenciar a la gente. Pensé en cerrar la puerta y echarme una siesta, pero, cuando levanté la vista, un joven alto, delgado y de pelo rubio me estaba mirando desde el umbral.

—¿*Sheriff* Longmire?

—Sí.

—Soy Chuck Frymyer —me quedé mirándolo—. Es sobre el trabajo en Powder Junction.

Le indiqué que se sentara y saqué su expediente de la pila de papeles de mi escritorio. Apenas un mes antes, te dabas con un canto en los dientes si tenías un par de ayudantes y ahora había más de una docena de solicitudes para el puesto. Frymyer era el que tenía más experiencia, pues había pasado dos años en el condado de Sheridan.

Me quedé mirando la solicitud del muchacho. Estaba preparado de sobra. Luego lo observé.

—¿Te das cuenta de que este trabajo es nuestro equivalente a que te destinen a la legión extranjera francesa?

—¿Señor?

Solté el expediente encima de mi escritorio.

—Vas a vivir en mitad de ninguna parte. ¿Has estado alguna vez en Powder Junction?

—He pasado por allí con el coche.

—Si hace buen tiempo, se tardan cuarenta y cinco minutos en bajar hasta allí, así que necesito ayudantes que sepan cuidar de sí mismos y de la zona sur del condado.

—Sí, señor.

—No me llames señor —me quedé mirándolo un poco más y me imaginé que, como Beau Geste, el aventurero de la legión, tendría sus propias razones para marcharse al fin del mundo. Probablemente tuvieran que ver con una mujer, aunque quizá eso fuera cosa del romántico que llevo dentro. Con sus dos años de experiencia como patrullero, se complementaría bien con Superduro, el otro ayudante que tenía trabajando allí.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

El chico sonrió.

—Sí.

Me levanté y le tendí la mano.

—Puede que en el futuro me maldigas por esto: el puesto es tuyo. Recoge tus cosas y preséntate aquí el lunes por la mañana a las ocho en punto para jurar el cargo. Los uniformes de Sheridan no se diferencian demasiado de los nuestros, pero en el condado de Absaroka está permitido llevar vaqueros. Que Ruby, la que está en recepción, te dé una placa y un juego de parches con las insignias, el resto lo pediremos. Y nada de llevar sombrero negro, nosotros somos de los buenos.

Me recliné en mi sillón y él sonrió. Ruby apareció en el umbral de la puerta y se aclaró la garganta.

—Tenemos malas noticias.

Me incliné hacia delante y apoyé el mentón encima de los dedos, extendidos sobre el escritorio.

—Estoy a punto de marcharme.

—Son Omar y Myra. Se han liado a tiros de nuevo.

Levanté la cabeza y la miré.

—Técnicamente eso sería un 10-16.

Ruby sonrió.

—Me marchó a mi fiesta de helados. Pásalo bien en Filadelfia y dale a Cady un beso de mi parte.

Y ella también se marchó.

Le grité cuando ya no estaba:

—¿Quién lo ha denunciado?

Oí que se detenía en la entrada. Regresó y recogió mi sombrero, le pasó la mano para sacudirle el polvo y me lo colocó en la cabeza.

—Sal de aquí, asegúrate de que no se acaban matando y luego ve a la residencia de ancianos a jugar al ajedrez —me quedé mirándola—. Yo me llevaré a Perro y si te decides a que te acompañe en tu viaje, pásate por mi casa antes de salir del pueblo.

Recluté a Vic antes de que tuviera ocasión de salir de la oficina y le comenté que así tendríamos la oportunidad de despedirnos antes de mi partida. También podíamos acabar recibiendo un tiro del juego de fusiles de asalto 308 que Omar y Myra solían usar en sus disputas domésticas.

Omar Rhoades era el pez gordo por excelencia entre los cazadores internacionales. Si querías matar algo, donde fuera, Omar era tu hombre. Dirigía partidas de caza mayor en siete continentes, pero la especie más difícil a la que nunca se había enfrentado era su ex mujer, Myra. Llevarían un año divorciados, pero Myra había dejado sus pertenencias en la mansión familiar de los Rhoades y esperar su regreso era como contemplar la cuenta atrás de una bomba de relojería. El hogar que habían construido juntos se erguía en la frontera norte de nuestro condado, en mitad de la ladera de la montaña. Si se habían tomado en serio lo de matarse, estarían muertos cuando llegáramos.

Tomé la siguiente salida y conduje el Bullet por el camino de entrada.

Vic sacó la Remington del calibre 12 de la guantera entre los asientos.

—El portón está abierto.

Habría unos noventa metros hasta la glorieta circular frente a la entrada principal, continué y pasé rozando la fuente. Nos

detuvimos en seco, apagué el motor de la camioneta y me desabroché el cinturón. Antes de que yo bajara del vehículo, Vic ya había subido las escaleras de la entrada.

—¡Espera! Una cosa es que Omar tenga intención de dispararnos y otra muy distinta que nos disparen accidentalmente, eso no me da la gana.

Saqué mi semiautomática calibre 45 y escudriñé la vivienda por la pesada puerta de paneles de cerezo que se abría ante nosotros. Vic introdujo un cargador en la Wingmaster y me miró. Se oía música, estoy casi seguro de que sonaba Edith Piaf.

Inspiré con fuerza y, un segundo después, me encontraba en el umbral.

La voz de Vic me apremió desde detrás.

—¿Y bien?

El recibidor estaba a oscuras, por los ventanales solo se colaba la luz amarillenta y plana de la caída de la tarde. No había nadie ni en el recibidor ni en el rellano.

—Vamos.

Apunté en dirección a las escaleras que quedaban a mi izquierda y avancé pegado a la pared sin separar uno de los pies del rodapié, propinándole una patada a una botella rota de vodka Absolut con sabor a frambuesa. No había licor derramado, por lo que la botella debía de estar vacía cuando golpeó el suelo. Genial.

Miré más allá de las cabezas de animales disecados que flanqueaban el pasillo principal que conducía a la cocina y pasé bajo el busto de un búfalo especialmente grande.

—¡Omar!

Omar era amigo mío, lo bastante como para llevarme volando en su helicóptero a la cima de la montaña en mitad de una ventisca y como para traer a mi hija desde Denver en medio de otra por Navidad. Pero borracho y lleno de rabia era capaz de dispararnos accidentalmente a cualquiera de los dos.

Vic avanzaba detrás de mí pegada a la pared.

—¿Quieres que vaya a registrar la parte de atrás?

—No, subiremos al piso de arriba, de ahí es de donde procede la música —inspiré hondo de nuevo y eché un vistazo hacia arriba desde el rellano de la escalera.

—¿Omar?

Los muebles estaban amontonados en mitad de la escalera, como si de una barricada improvisada se tratase. Había agujeros de bala en el aparador y en la silla Chippendale, por la alfombra oriental yacían desparramados las astillas de madera y el relleno de la tapicería. Me eché contra la pared y miré a mi ayudante.

—O están muertos o no nos oyen con Edith Piaf.

Comencé a subir los escalones. Por lo menos la barricada ofrecía algo de protección. Giré en el último tramo y repasé mentalmente la distribución del segundo piso. Entonces recordé que el dormitorio principal estaba al final del pasillo. Me encontraba a unos doce metros de la puerta, que estaba cerrada, pero incluso desde ahí se distinguían los agujeros de bala que la atravesaban. Quizá diez ráfagas, efectuadas a novecientos metros por segundo. Como Myra había estado en París casi todo el año pasado y como la música era francesa, supuse que era ella la que estaba en el dormitorio.

Estaba mirando la puerta cuando tropecé con el borde de un aparador, haciendo que el espejo que había encima girase sobre su eje y fuera a parar al suelo. Con Piaf y todo, se oyó un estruendo. Me quedé mirando los fragmentos de cristal desperdigados por la superficie de la cara alfombra turca y pensé en los siete años de mala suerte que me esperaban. Edith se tomó un respiro y pude distinguir a la perfección el sonido inconfundible que emite un cerrojo modular al descorrerse.

Me lancé tras la barricada y me aplasté contra el suelo mientras la primera ráfaga hendía la madera del aparador volcado. Menos de dos segundos después, el segundo disparo atravesó la puerta y fue a parar al suelo, a unos centímetros de mi mano derecha extendida. Estaba intentando retirarme gateando por la escalera cuando Vic se inclinó sobre la barandilla y descargó dos salvas del calibre 12 en el techo, permitiéndome batirme en retirada de una forma muy poco elegante. Me choqué con Vic y los dos rodamos por las escaleras.

Tuve la suerte de aterrizar abajo; ella se quedó tumbada encima de mí. Nos miramos y me sonrió.

—Por los pelos.

Nos quedamos así durante un instante y luego ella se apartó y yo me apoyé contra la pared. Estuvimos sentados en el descansillo unos diez segundos hasta que vimos a Omar. Estaba de pie en el vestíbulo y se estaba tomando un sándwich de jamón y queso y una botella de cerveza.

—¿Qué coño...? —bajó la botella y ladeó la cabeza—. ¿Qué estáis haciendo aquí? Podrían haberos matado ahí arriba —comenzó a subir los peldaños y me di cuenta de que llevaba una pistola de caza del calibre 44 alojada en una funda en la pierna—. Os he traído una cerveza —continuamos mirándolo fijamente—. Si queréis un sándwich, los ingredientes aún están fuera —tomó otro trago y se me pasó por la cabeza tirarlo por encima de la barandilla. Se acercó a Vic para que cogiera las botellas, cosa que ella hizo después de meterse la escopeta bajo el brazo.

—¿Qué te cuentas?

Omar puso los ojos en blanco y se echó hacia atrás el sombrero modelo Silver Belly. Los mechones rubios y rizados le rozaban el cuello de su camisa blanca de traje.

—Comenzó a beber por la mañana, después mantuvimos una pequeña conversación —le dio otro mordisco al sándwich. Tenía que admitir que parecía bastante apetitoso—. Me contó que me había reemplazado por dos de veinte y yo le contesté que por mí como si se tiraba a 220. A partir de ahí, la conversación languideció —terminó su cerveza y tiró la botella, que estalló contra la pared recubierta de escayola decorada a mano. Se llevó la mano a la boca a modo de altavoz—. ¡Putá!

Dos ráfagas más del 308 atravesaron la puerta del piso de arriba. Vic y yo agachamos a la vez la cabeza mientras las balas atravesaban el rellano vacío por encima de nuestras cabezas.

Omar cogió las cervezas que Vic sostenía, las abrió con la hebilla de su cinturón, le devolvió una y echó un trago de la otra, mientras las chapas rodaban por el descansillo alfombrado y se perdían escaleras abajo.

—¿Habéis tenido la oportunidad de contar los agujeros de la puerta, por casualidad? —a continuación buscó la chapa de la botella con la mirada—. Solo hay una caja de balas para ese cacharro, son dieciséis en total...

Sabía que las armas abundaban en el hogar de los Rhoades.

—¿Qué hay del resto de las armas de la caja fuerte?

—Están sin munición. Me las he llevado al piso de abajo.

Los dos echaron un trago y me miraron.

—Doce —hice un gesto en dirección al descansillo—. Y con esas dos hacen catorce.

Omar asintió.

—Le quedan dos —todos asentimos mientras él sacaba el enorme 44 de su funda como si nada, apuntaba al techo y efectuaba dos disparos. El Smith and Wesson de cañón largo restalló en su mano. Cayeron sobre nosotros algunos fragmentos del techo de la entrada, de la lámpara de cuerno de alce y del revestimiento de escayola.

—¡Zorra! —el 308 tronó a modo de respuesta, pero esta vez fue solo un disparo. Omar echó otro trago—. No es tonta, está reservándose la munición.

Miré a Vic, que a su vez miró a Omar.

—¿Hay alguna posibilidad de hablar con ella?

Omar se echó a reír, yo lo miré.

—¿Hay teléfono en el dormitorio?

—Sí —fuimos dando tumbos hasta la mesa del recibidor, donde había un teléfono belga antiguo. Omar cogió el auricular, marcó el número del dormitorio y me pasó el aparato—. No va a querer hablar conmigo.

El teléfono sonó tres veces antes de que Myra contestara.

—¡Cabrón!

—Myra, soy Walter... —ella colgó el auricular con tanta fuerza como para destrozarte el tímpano. Le pedí a Omar que marcara de nuevo el número. Esta vez no contestó, pero el estruendo del 308 y el silbido de la línea nos informaron de que Myra le había pegado un tiro al teléfono del dormitorio.

Colgué y los miré a los dos. Vic se volvió hacia el descansillo.

—¿Se le han acabado?

Omar asintió.

—Sí.

Yo no estaba tan convencido.

—¿Está muy borracha?

—Bastante, pero todavía es capaz de apuntar a la puerta.

Crucé el descansillo pegándome a la derecha, pues sabía que podría refugiarme en el dormitorio de invitados en el caso de que todavía le quedase munición. El problema era que la puerta cerrada se erguía peligrosamente a seis metros de distancia. Había que reconocerles el mérito a los carpinteros que habían construido la mansión Rhoades: el suelo no crujió ni una sola vez mientras yo rodeaba la barricada con cautela.

Había enfundado mi 45. No tenía ninguna intención de dispararle a Myra.

Con la música a ese volumen, era imposible distinguir si había movimiento dentro de la habitación. Mientras Edith Piaf continuaba cantando, observé el destrozo que las balas de 150 gramos y punta blanda habían hecho en los siete centímetros de madera maciza y sentí una sensación familiar de ingravidez en el tronco.

Conté de nuevo los agujeros de la puerta, pero el daño que había causado el rifle de gran calibre en ella hacía que fuera difícil saber cuántos tiros se habían efectuado. No las tenía todas conmigo. Parecía que el disparo que había pasado más cerca del pomo se había llevado consigo la mayor parte del mecanismo y la puerta se había quedado entreabierta, apenas medio centímetro, así que opté por introducir la punta de mi bota por abajo: se abrió dos centímetros. Esperé, pero no sucedió nada. Introduje la bota un poco más y la retiré con cuidado al llegar a la mitad del pie, para no descubrir mi presencia.

Inspiré con fuerza para aclararme la cabeza y entré por la abertura para darme de bruces con el cañón extendido del gran fusil 308. Ella me estaba esperando, pero yo tenía el brazo izquierdo a mi derecha, así que, con un gesto, eché el cañón hacia abajo y lo aparté de mí con un tirón de revés, al tiempo que el arma descerrajaba un disparo al suelo. El ruido en la habitación fue ensordecedor.

Iba a cargarme a Omar.

Traté de enganchar el fusil pero erré el movimiento porque Myra se echó hacia atrás y volvió a correr el cerrojo en un movimiento que me pareció eterno.

Había olvidado lo guapa que era Myra; el año sabático en

Francia con una fortuna de cuarenta y ocho millones de dólares en el bolsillo no había mermado su belleza en absoluto. Tenía el pelo largo y rubio, la clase de melena que se ve en las portadas de las revistas, y una piel perfectamente bronceada, probablemente gracias a los cálidos rayos de la Riviera francesa. Llevaba puesto un jersey de mohair rosa de cuello amplio que apenas le cubría los muslos. Y nada más. Era alta y delgada y tenía las manos grandes y diestras. Todavía llevaba el tremendo diamante que había sellado su matrimonio con Omar en la mano izquierda, la misma mano con la que estaba apuntando el rifle a mi cara. Por encima de la mira me escrutaba el ojo azul más pálido que recordaba, se me quedaron helados los pulmones. El cañón bajó un poco y aquellos labios, a juego con el jersey, me sonrieron a la misma velocidad a la que avanza un glaciar. Escuché a Piaf cantar «Le chevalier de Paris» o «Mon légionnaire», no estaba seguro de cuál de las dos, y pensé que las cosas podían estar peor. El ojo azul pálido parpadeó y me decidí por «Le chevalier de Paris» mientras el pajarito trinaba, susurrando sus palabras hirientes y tiernas.

Myra se tambaleó un poco, como si alguien la hubiera golpeado, y dejó caer el rifle a un lado. Dio un paso hacia delante con los brazos extendidos y me rodeó el cuello, a la vez que la fragancia áspera del vodka de frambuesa se me colaba por la nariz y el bajo de su jersey se le subía aún más arriba.

—Walter...

—Menos mal que le gustas —el viejo *sheriff* movió su reina. Era la segunda partida y mis planes de acostarme temprano habían seguido el mismo camino que mis tres peones, mis dos torres y uno de mis caballos. Continué con el otro caballo y sentí que se cernía sobre mí la sombra de la catástrofe mientras su alfil se aproximaba en diagonal. La cánula de su pipa se giró y me encañonó como un arma, la segunda de la noche—. ¿Conseguiste sacarla de la casa? —la pipa regresó a su boca.

Me recliné en el sillón orejero de piel de caballo y me coloqué el sombrero en la rodilla. El viejo *sheriff* no estaba dispuesto a dar por terminada la velada y desplazó el otro alfil por todo el tablero para asediar a mi rey con un ataque diferente.

–Está en el motel Fin del Camino de Sheridan. Mañana tomará un vuelo.

La habitación permaneció en silencio mientras el viejo *sheriff* me observaba.

Los ojos de ébano de Lucian lanzaban destellos a la luz tenue de la cocinita que había detrás de nosotros. Finalmente meneó la cabeza.

–Bueno, ya sabes cómo terminó mi matrimonio.

Lo sabía, por eso permanecemos en silencio durante un rato antes de que yo reconociera mi aprensión.

–Odio los casos de violencia doméstica.

Él asintió y me observó.

–Es igual que ser el tercer hombre en una disputa de hockey: te echan la culpa, te dejan hecho una mierda y no se molestan ni en darte las gracias –él esperó a que yo hiciera otro movimiento inútil–. He oído que Kyle Straub ha empapelado el pueblo con carteles.

Tomé un sorbo de mi vaso y aplasté uno de los cubitos con los dientes.

–Yo también lo he oído.

–¿Te vas a presentar?

–Creo que no me queda otra alternativa si quiero que Vic se quede con el puesto.

Él se encogió de hombros.

–Yo la votaría, pero ya sabes que ellas son mi debilidad –era la forma habitual de referirse al pecho de Vic que tenía Lucian, como si este tuviera personalidad propia–. El resto del condado de Absaroka es otro cantar. De acuerdo, puedes asegurarte de que sea la próxima *sheriff*, pero eso va a costarte un año o dos de tu vida –hice una mueca–. Pero bueno, que yo sepa, tu vida en el cargo tampoco ha sido tan mala –el anciano bajó la vista al tablero–. Jaque.

Me quedé mirando el grupo de piezas cortesanas y coloqué un dedo encima de mi rey, derrocándolo con una muerte prematura.

–Sí, ya sabes..., las buenas acciones se acaban pagando.